

El beso: acepción y correlatos



ROLANDO DÍAZ LOVING

*por una mirada, un mundo;
por una sonrisa, un cielo;
por un beso... ¡yo no sé
qué te daría por un beso!*

Bécquer

Un beso, aparentemente atractivo, sugestivo y apetitoso; empero, cumplir con la cordial petición de tratar su entorno simbólico y conductual, resultó una tarea desesperadamente compleja. Un atardecer, alterado por lo que parecía ser inspiración, debatí mis motivaciones, besé a mi musa, ella sonrió y retornó a sus sueños. De nuevo solo con mi encomienda. ¿Es el beso aquello que Henry Gibbons describió como “la yuxtaposición anatómica de dos músculos en estado de contracción”? o ¿es una simple conducta que denota tacto, presión y humedad?, o, al cruzar el umbral de la imaginación, ¿se convierte en un suspiro sensual trastocado por la realidad?

Como todo lo humano, el beso, su acepción y correlatos constituyen una manifestación más de nuestra evolución bio-psico-socio-cultural; ya Alfred de Musset pregonaba: “El único idioma universal es el beso”, indicando su raíz hegemónica. Pero además, contiene un sustrato ecosistémico; como tal, sus raíces y matices descansan en la memoria colectiva y reconstrucción cotidiana de cada pueblo. De esta manera, incluso, parece haber besos de finalidad distinta:

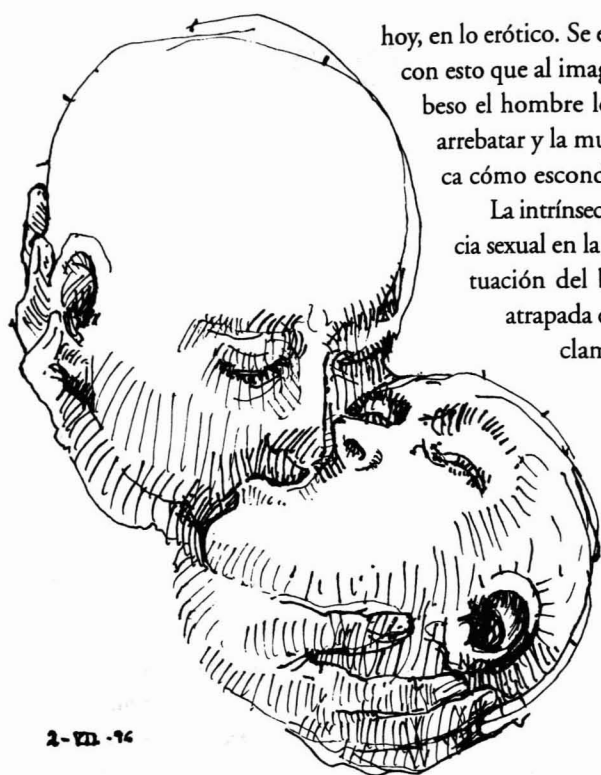
En la mejilla es bondad,
en los ojos ilusión,
en la frente majestad,
y entre los labios pasión

Campoamor

A fin de extraerle su esencia al beso, nos atrevimos a entrevistar a universitarios, con la casi vana pretensión de hurgar en

su estructura cognitiva en busca del significado de este pequeño gran término. Con base en la técnica de las redes semánticas naturales, pedimos a cien hombres y cien mujeres nos proporcionaran los vocablos que consideran más pertinentes a la definición del beso. De entrada, el impacto de la estructura psicosocio-cultural se refleja en las convergencias y divergencias entre los sexos al establecer la connotación de la palabra ‘beso’. Las colaboradoras del sexo femenino, haciendo gala de su diversidad lingüística y conocimiento del tema, ofrecieron 194 vocablos para referirse al beso; los del otro sexo, sólo 137, haciendo honor a su mote de *parcos y poco expresivos*. Claro está que esta misma información podría ser interpretada como señal de una mayor precisión en el caso de los hombres, quienes requirieron de menor número de palabras al conferir el significado básico del término, a diferencia de las mujeres, que necesitaron de más vocablos definidores debido a una posible idea difusa del mismo. Sin embargo, siendo el beso un acto tan cotidiano y popular, parece más plausible la primera de las dos interpretaciones.

Al analizar el contenido semántico del vocablo beso, nos percatamos de que ellas lo perciben y entienden, en primera instancia, como amor, afecto, cariño y ternura. Ellos coinciden en el amor y el cariño, y añaden la pasión, el deseo y lo delicioso. La construcción simbólica observada descansa en los procesos de socialización y endoculturación que inculcan en los sexos contenidos diferentes en su camino a la conformación de los géneros. No en balde un popular libro indica que el entrenamiento se genera en Venus para ellas y en Marte para ellos. De esta manera, el beso y el amor femeninos son para guardarse, son para siempre; llevan consigo los lazos de la interdependencia, del afecto, de la ternura; conllevan el cuidado de una madre a sus hijos, el cuidado de una mujer a su relación. Por su parte, los hombres pretenden que el beso y el amor contengan pasión y deseo. Para ellos el beso constituye una delicia hedonista, arrebatada, que, además, como todo lo cargado de adrenalina, es por excelencia fugaz. Su esencia estriba en la conquista, en el



2-VII-76

Reynaldo



Reynaldo Velázquez

hoy, en lo erótico. Se entiende con esto que al imaginar un beso el hombre lo quiere arrebatar y la mujer busca cómo esconderlo.

La intrínseca distancia sexual en la concepción del beso fue atrapada en las reclamaciones

de un célebre anónimo que advierte: "Algunas mujeres se sonrojan cuando las besan; otras llaman a la policía; algunas maldicen; otras muerden. Pero las peores son las que se ríen."

En un segundo plano, las mujeres relacionan el beso con palabras como: pareja, amistad, saludo, deseo, apasionado y delicioso, mientras que los hombres lo relacionan con tierno, excitante, rico y afectuoso. Hay que destacar el hecho de que las mujeres también resaltan el aspecto pasional del beso y que lo hacen en relación con su carácter afiliativo; sin embargo, esto tiene menos importancia que la ternura y el amor, que consideran como básicos y centrales. En cuanto a los hombres, una vez construida la semblanza pasional del beso, engalanada con lo rico y excitante, da visos de aparición lo estable y comprometido, encarnado en la ternura y el afecto. Quiere esto decir que a las mujeres también les agobia el apetito de lo ardiente, sólo que juega un papel secundario respecto a la veneración que hacen del amor. A su vez, en los hombres se vislumbra el amor y la ternura pero sólo una vez reiterado el papel estelar de la lujuria. Así las cosas, resulta que la sensata, razonable y centrada es, a todas luces, la mujer, mientras que el hombre es una veleta que cambia de dirección, víctima de sus estados hormonales. Y aquí sólo nos queda recordar la advertencia de Thomas Hobbes: "Las pasiones sin control terminan en locura."

En la literatura de la psicología transcultural, diversos autores han destacado la caracterización y las consecuencias

individualistas de algunas culturas y su contraparte colectivista presente en otras. Surgida inicialmente de un ecosistema con valores centrado en lo masculino y en el individuo, la teoría psicoanalítica propone que la pasión antecede a los afectos. Es decir, concuerda con la visión de los hombres sobre lo que es el beso; sin embargo, desde una perspectiva de género, debemos reconocer que la ascendencia de las pasiones o de los afectos proviene de un proceso de socialización diferencial que, o antepone el yo a la comunidad (visión masculina), o resalta lo colectivo sobre lo individual (visión femenina). En realidad, no hay una posición naturalmente correcta sino que existen diferentes formas de socialización. Incluso, en lo ideal, "la yuxtaposición anatómica de dos músculos en estado de contracción" debería realizarse con igual afecto y pasión por parte de sus dos participantes; sólo así se convierte en una unión de dos.

También entre sus principales palabras definidoras, las mujeres ofrecen una constelación de vocablos descriptores de la palabra beso: alegría, felicidad, emociones, sentimientos, caricias, noviazgo, gusto, compartir y entregarse. Ya con menor frecuencia, pero aún con consistencia, aparecen alusiones corporales: lengüita, boca, saliva; y algunas muy particulares pero creativas palabras definidoras; al beso lo identifican con lo cachondón, esponjocito, genial, noble, seductor, sensual y sublime. Por su parte, ellos terminan promoviendo lo húmedo, íntimo, dulce, placentero, suave y sensual de un beso.

Respecto de la construcción semántica del beso, salta a la vista la ausencia de valoraciones negativas, aunque sí hubo una mención a las *babas* y alguno que otro término despectivo, perdido entre la muchedumbre de adjetivos positivos. Es evidente que hay consenso en favor del beso. Lo anterior se confirma a través de una encuesta aplicada a más de tres mil alumnos de 25 diferentes licenciaturas de la Universidad, destinada a medir la percepción que se tiene del hecho de besar a una persona con el síndrome de inmunodeficiencia-adquirida, confrontada con los patrones de conducta sexual, conocimientos, características de personalidad, valores y actitudes de los encuestados. Los resultados permiten afirmar que a pesar de que algunos rumores y mitos populares advierten equivocadamente sobre el riesgo de contagio, en la amplia muestra de universitarios no se detectó ninguna relación negativa o positiva del beso con el VIH.

Ahora, ya conscientes de los innegables atributos positivos del beso, resolvimos navegar a través de los datos vertidos por más de doscientas parejas, quienes, desde su intimidad, compartieron sus opiniones sobre la forma en que se besan y la frecuencia con que lo hacen. Como parte de las entrevistas, también se obtuvo la relación entre la evaluación de lo anteriormente mencionado —la manera de besar y la asiduidad con que se hace— y el amor, la satisfacción, los estilos de comunicación, la detentación del poder, las características de los miembros de la pareja, el gusto por interactuar y sus patrones de conducta sexual.

El amor, de acuerdo con varios teóricos de las relaciones diádicas, contiene pasión (el aspecto sensual pasional de la relación

de pareja, que incluye la percepción de la relación como erótica y llena de entrega, así como el gusto y deseo de poseer a la pareja sexualmente), intimidad (se refiere a la comprensión percibida, la atracción afectiva entre la pareja, la cercanía, la felicidad por la interacción, el deseo de compartir experiencias y la preocupación por el bienestar de la pareja) y compromiso (tiene que ver con la importancia, el deseo y el empeño de mantenerse como pareja). Al relacionar los niveles de pasión, intimidad y compromiso con la evaluación de la forma y frecuencia de los besos en pareja, encontramos que en general los tres componentes del amor son determinantes para lograr la satisfacción por la manera y asiduidad de los besos. En las mujeres, en particular, la intimidad es el motivo principal de satisfacción por la hechura y periodicidad del beso, aunque el gusto por la forma de besar también está muy relacionada con la pasión. Asimismo, el compromiso también se relaciona de forma positiva con el beso, pero en menor grado. En los hombres, la relación se vive con menor intensidad que en las mujeres; además, la pasión es el mejor aliciente para estar satisfecho con la forma de besar, y la intimidad, con la frecuencia con que se lleva a cabo. Cabe destacar que para este sexo el estar más comprometido con la relación casi no se asocia con el agrado y la asiduidad con que se besa a la pareja. Lo anterior es consecuencia entendible de la disminución —auspiciada por algunas normas religiosas— de la actividad sexual de la pareja (que repercute en la frecuencia de besos) y de la separación matrimonial.

Los datos sobre el amor y el beso muestran en primera instancia la trascendencia del ósculo en la configuración de la relación de pareja. Es definitivo que a mayor gusto por sus besos, las parejas se sienten más cercanas, son más apasionadas y se muestran más comprometidas a permanecer en la relación por largo tiempo. Así también, como fue el caso en la semiótica del beso —aunque la connotación incluye a todo el amor—, para estas parejas el beso está más cargado de afecto en la mujer y de pasión en el hombre.

Al transferir nuestra búsqueda a los dominios del poder, preguntando a las parejas quién toma las decisiones sobre el manejo del dinero, el funcionamiento de la casa, las diversiones, la educación de los hijos y cuándo, cómo y cuántas relaciones sexuales tener, se encuentra que en las mujeres hay mayor agrado por el patrón del beso de pareja cuando los dos comparten las decisiones de la vida marital. La excepción a la regla existe en el ámbito del control sobre cuándo, cómo y cuántas relaciones sexuales tener. Para este indicador de la vida sexual, las mujeres que dominan esta parte de la relación son las que desproporcionadamente gozan más la forma y frecuencia con que besan a su pareja. Por su parte, aunque con efectos tenues, los hombres felices con la configuración del beso marital son los que dejan que su pareja conduzca la vida familiar en todas sus actividades, incluyendo el de la iniciativa sexual.

Al considerar calificaciones de características instrumentales positivas (por ejemplo, responsable, activo, productivo), instrumentales negativas (por ejemplo, arrogante, clínico, convenenciero, autoritario), afectivas positivas (por ejemplo, cooperador,

carinoso, altruista) y afectivas negativas (por ejemplo, crédulo, chiflón, dependiente), encontramos que los hombres con características afectivas positivas y las mujeres con características instrumentales positivas valoran altamente el patrón conductual de besos vivido en su relación. Lo anterior ayuda a entender los resultados relativos al poder y la satisfacción por los besos. Los hombres que además de presentar características instrumentales, asignadas tradicionalmente a ellos, incorporan a su ser aspectos de afectividad positiva, y las mujeres que no sólo son afectuosas sino que también luchan por hacer valer su individualidad, llevan vidas de pareja más sustantivas. En estas diadas, el beso es una actividad para compartir tanto afectos como pasiones. En los demás individuos tradicionales que no alcanzan a traspasar los rasgos asignados a su entidad biológica, el beso es una actividad que, aunque placentera, denota todavía poder, control, sumisión y aceptación.

Como corolario, también los celos y estilo de comunicación afectan al acto de besar. Definimos los celos como las relaciones emocionales o de seguridad que se presentan ante la real o imaginaria transgresión de la regla de exclusividad de la pareja. Entre sus dimensiones, resalta el hecho de que a los hombres egoístas (aquellos que consideran deben ser el centro de la relación) les gusta la forma en que besa su pareja, pero están insatisfechos con la frecuencia (sienten que no los aprovechan, ni valoran). En el caso de las mujeres, en la medida en que reaccionen con dolor y tristeza ante la posible pérdida de la pareja, más frecuentemente y con mayor gusto besan a su compañero (posiblemente con un marcado afán de no dejar volar la imaginación de la pareja o que toda la inspiración y creatividad se concentre en ellas). También entre las mujeres, aquellas dadas a la intriga (“imagino que mi pareja hace algo a mis espaldas”) se encuentran muy insatisfechas con la frecuencia de besos presente en la relación (“sí, de seguro acaba cansado de besar a la otra y por eso a mí ya ni me quiere besar”). Finalmente, en ambos grupos, los sujetos que confían en que su pareja respeta la norma de exclusividad son los más satisfechos con el modo y periodicidad del beso.

En el mundo de la transmisión de información y sentimientos existen diversas formas de enviar un mensaje a una pareja; la comunicación puede basarse en un estilo amable y afectuoso o pudiera ser fría y reservada o hasta dura y agresiva. La asiduidad y bella estampa del beso se presenta preponderantemente cuando el estilo de comunicación es positivo; desaparece en los hombres cuando el estilo se torna reservado y en las mujeres cuando el tono es violento.

En conclusión, el beso es universalmente alabado; constituye elemento de vínculo en las relaciones humanas, de cuyos aspectos positivos es antecedente y consecuencia. Sin embargo, su interpretación final e ideosincrática, es decir, su estampa fina, depende del ecosistema psico-socio-cultural y las expectativas y normas asignadas a (y asumidas por) cada relación e individuo.

Agradeciendo al lector su compañía en la travesía a lo largo de esta breve descripción del beso y sus correlatos, y como representante del ala masculina, sólo me queda agregar, como ya lo había hecho Oscar Wilde: “Yo puedo resistir todo, menos la tentación.” ♦